

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA A SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 41.—7 Octubre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Scamozzi.—Mis botas, por Yo.—A las ruinas de un templo, (poesía), por don Ramon Real de Mendoza.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto.—Elogio de Serena, por don L. M. Ramirez y de las Casas-Deza.—Observatorio astronómico de Madrid.—Fábulas, por don Luis Pino.—Torre telegráfica del Retiro.—El ambicioso por amor (continuación).—La sonrisa de Dios (poesía), por don Francisco Villamartin.—Las hadas y sus hechizos cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento octavo: historia cuarta y quinta).—Variedades.—Advertencia.

LÁMINAS. La virgen de las flores.—Observatorio astronómico de Madrid.—Torre telegráfica del Retiro.—Concierto monstruo.

SCAMOZZI.

Si hemos de dar crédito á las noticias recogidas por Temanza sobre este célebre arquitecto, tuvo por primer maestro á Domingo Scamozzi, su padre, conocido en Vicencio, su patria, como buen constructor, empleado además como hábil ingeniero en levantar los planos de las ciudades y de las tierras, y que por sus propios recursos habia adquirido una hermosa fortuna, acompañada de la influencia que le puso en el camino de la buena educacion á su hijo. Pero para indicar cómo el joven Scamozzi se sintió inclinado al estudio de la arquitectura.

Pero el pais era pobre y el tiempo era corto. Pero bien perfectamente se dio á ser uno de los grandes de su siglo. En efecto, en 1580. Era arquitecto general de la ciudad de Vicencia.



se ha acercado mas que él al gusto de Palladio.

No tardó mucho en adquirir una reputacion por medio de algunos trabajos que descubrieron en él al hombre ingenioso y al constructor inteligente. La iglesia del Salvador, en Venecia, acababa de ser terminada por Tulio Lombardo, cuando se apercibió á poco que carecia de suficientes luces. Scamozzi, llamado para remediar este defecto, acertó á hacerlo sin dañar en nada al efecto magestuoso del interior. Contentóse con abrir por arriba, cubriéndolas de una linterna, las tres cúpulas de la iglesia, y la nave recibió por estas aberturas la luz que le faltaba.

A estos primeros trabajos unió mas de un género de estudios que debian iniciarle en los conocimientos de la arquitectura antigua. Dedicóse á la interpretacion de la historia griega y romana y á la lectura de los mejores autores de la perspectiva, de modo que en que todavía es discípulo de Palladio enseñar algo mas que su maestro. Del conde Francisco Trissolino, en Vicencia, en 1580.

MIS BOTAS (1).

No es Fray Gerundio, el ilustre historiógrafo y renombrado satírico, á quien acudimos para calzarnos hoy las botas y entrar con ellas en los salones de Minerva.

Aquellas botas que á pesar del tiempo aun conservan el brillo de su ilustre constructor, son muy grandes para nuestros pies, y están demasiado altas en los aparadores de la república literaria, para que con la punta de nuestra pluma podamos alcanzarlas.

No vayan á creer por eso los amables lectores que vamos á engolfar nuestros pies en la obra prima de cualquier remendon de portal. ¡Vade retro! que somos muy señores de lo nuestro con permiso de Quevedo, y en ausencia de su don Dinero.

Las botas que á calzar nos disponemos son nuevas, muy flamantes, y por añadidura construidas en París.

Antes de entrarnos de rondon con ellas, como gallo con calzas coloradas, á la *soirée*, contaremos su historia, que es historia curiosa, aunque rastrera y pedestre.

Periquillo *Vaciedades*, cuyo nombre es su biografía, estaba convidado á unas bodas. Era preciso para asistir al *banquete*, ponerse de *gran tono*, de frac, chaleco, pantalón negro estirado y blanca corbata ajustada con sus correspondientes fogues á la *dernière*.

Periquillo tenía el traje completo, incluso los guantes de color de paja, ligeramente sombreados por el uso. Pero ¡oh dolor! faltábale el fundamento de la elegancia; no tenía botas.

Su amigo Juan *Cantaduro*, que no desmentía el nombre de pila, sin dejar de ser por ende algo zumbon y bromista, poseía un par de botas en buen uso.

Periquillo corre al punto en su busca, lo encuentra, describe patéticamente su angustiosa posición, y le pide un préstamo de botas con un interés de cincuenta mil por ciento, bajo el firme propósito de no pagarle.

—Con mil amores, repitió Juan; pero ¿cómo voy á pagar la comisión de que me presentes en el convite?

Mientras Juan se perfila y comete, Periquillo introduce los pies en las botas, y se las prueba. Periquillo introduce los pies en las botas, y se las prueba. Periquillo introduce los pies en las botas, y se las prueba. Periquillo introduce los pies en las botas, y se las prueba.

En la calle ya los dos...

tú te arreglas y calzas *mis botas*, yo haré lo propio: con que... manda por ellas á tu criado, y dentro de cinco minutos estamos en campaña.

A poco rato, Periquillo del brazo con el nuevo protector de sus pies, caminaba hácia el palacio de... Enternecido Perico, decía á Luis:

—Gracias, compañero, gracias; tú no me humillarás.

—¡Yo! exclamó aquel: nunca me siento mas satisfecho, que cuando te he prestado cualquier prenda, se entiende, para hacer buen uso de ella. Te he prestado *mis botas*, pues ya no son mías. *Mis botas* son tuyas. Puedes andar con la cabeza erguida, que nadie te reclamará *mis botas*.

—¡No sé con qué pagarte tanto beneficio!

—Estoy pagado con que andes por medio del arroyo con *mis botas*, vamos á ver; ensaya el paso. Marcha con *mis botas* por entre los cantos.

—De ninguna manera. Sé que eres el mejor de mis amigos. Te doy este título de todo corazón: pero; ¡por Dios! no me hables de tus botas.

—¡Bueno! no te hablaré de *mis botas*, no haré lo que hizo Juan, porque cuando te he prestado *mis botas*, te las he prestado para que te sirvan. Aunque bailes con *mis botas* sobre cascotes de botellas, no te diré una palabra. Usa de *mis botas* como si fuesen tuyas.

—¡Por la Virgen de la Almudena! no grites tan alto, ¡*mis botas! ¡mis botas! ¡mis botas!*

—No, mi querido compañero, no te echaré en cara el haberte prestado *mis botas*. Te lo repito: *mis botas* son tuyas mientras las tengas puestas. ¡Así presto yo *mis botas!*

—¡Por vida de Baco! ¿Sabes que estás cargante con tus complacencias, como Juan con sus reprensiones, y que si continúas gritando *¡mis botas! ¡mis botas!*...

—Cuando yo grito *mis botas*, no hago lo que él; sino que por el contrario, quiero que se sepa que cuando te he prestado *mis botas*, *mis botas* te pertenecen. *Mis botas...*

Trazas llevaba el nuevo favorecedor de no concluir la cantinela de *sus botas* hasta el día del juicio; mas Periquillo enfadado, cortó la conversacion, aplicándole violentamente un puntapié en medio de... su discurso.

Luis no podía explicarse ingratitud tan negra como sus semejanzas en comisión por *las botas* de su per...arse detuvo á todos los transeúntes, haciendo detener á su compañero, á quien había hecho con *sus botas* tan poco decorosa para... subordinación

Mas no; porque ya esa gloria que admiró la edad pasada, es página de la historia que manchará la memoria de tu presente, *la nada*.

Ya no hay luces á millares que esparzan sus rayos de oro de tu iglesia en los altares; ya no se oyen los cantares del salmo en tu santo coro.

Solo en nave silenciosa cuya pared se derrumba, el viento lanza quejosa fúnebre voz, tenebrosa como el eco de una tumba.

Entonces con sentimiento recuerda tu antiguo ser abismado el pensamiento, y hondas quejas lleva el viento del que contempla tu ayer.

Porque las fieras tormentas que en revuelto torbellino, el tiempo arrastró violentas, tú sola, Sion, lamentas, al repasar tu destino.

Así en tus restos aprende triste el hombre la verdad; pero si el tiempo comprende, ¿no hay un iris que se estiende tras la ruda tempestad?

¿A sus cambiantes colores no sucede la bonanza? ¿No vendrán horas mejores tras sus risueños fulgores, de ventura y esperanza?

¡Oh Sion! Tal vez la gloria de tu grandeza pasada registre otra vez la historia, que es sin duda transitoria la realidad de tu nada.

Y al hombre entonces por dar el preste la bendición, del torbellino á triunfar vuelva en tu iglesia el altar y el signo de redención.

RAMON REAL DE MENDOZA.

A ESPIATORIA.

DEL CANTO.

Lo se hallaba ta-
ado á su apojío
cio, y su cla-
al otro Pro-

en que la
haber
que
us

nieve caía con tanta abundancia que en pocos instantes se hallaron vestidos de blanco nuestros viajeros.

—¡Vive Dios! dijo el duque, que no esperaba pasar una noche espuesto á morir de frío, solo por el placer ó la curiosidad de ver ese estraviado castillo!

—Ya os dije, señor duque, que debíamos haber salido mañana y hubiéramos pasado un rato delicioso, pues los parajes por donde vamos pasando están llenos de tradiciones y son sumamente pintorescos.

—Sí, pero entonces atrasaba una jornada y sabes que tengo días señalados para poderme embarcar en Cádiz.

—Ciertamente... pero... mirad... mirad, señor duque, ya se vé una luz en lo alto de esa colina que tenemos enfrente y ahí debe de estar situado el castillo. Efectivamente, á los pocos instantes distinguieron á distancia de un tiro de arcabuz, una vasta muralla con sus correspondientes torreones, que alumbrados por la descolorida luz de la luna, que entonces estaba algo velada por una nubecilla, parecían elevándose hasta los cielos y cubiertos de nieve, insultar con su mole ajigantada á todos los elementos.

El castillo de los antiguos condes de Sandoval, que era el que tenían delante nuestros interlocutores, y formaba al parecer el objeto de su viaje, se había construido á mediados del siglo once, por uno de los ascendientes de aquella ilustre familia, con el objeto de poner freno á las vandálicas irrupciones de los moros de Toledo que solían devastar con frecuencia los países circunvecinos.

Estaba situada en una pequeña eminencia que dominaba todos los pueblos de la comarca. Flanqueado por cuatro torreones y circunvalado por un ancho y profundo foso con su puente levadizo y cuantos recursos proporcionaba entonces el arte de la fortificación, era lo mas apropiado para sostener con ventaja el mas desesperado de los asaltos. Grandes salones, galerías subterráneas, patios y demas departamentos necesarios para contener con comodidad hasta quinientos guerreros, formaba el interior de aquel dilatado y fuerte edificio.

Arrojados los moros de Toledo, fué abandonado por sus señores, hasta que uno de sus descendientes lo reparó hácia fines del siglo quince, haciendo de él una magnífica quinta rodeada de parques y jardines y muy apropiado para pasar las temporadas de verano en la caza de venados y jabalíes de que estaban poblados los espesos bosques de las inmediaciones.

En la época á que se refiere nuestra historia, pertenecía al duque de San Roman y de Túnez, y su padre que acababa de fallecer, había hecho desaparecer el foso y puente levadizo, quedando solamente como testimonio de sus pasadas glorias la muralla y sus fuertes torreones.

Apenas nuestros viajeros dieron dos aldabazos en la puerta principal que resonaron estrepitosamente en el interior, se oyó el ladrido de los perros y los pasos vacilantes de una persona sexagenaria que decía: «Leon, silencio» «Turco, en guardia» y á poco rato preguntó con firmeza:

—¿Quién vá?

—Abrid, señor Mendo, contestó Lope.

Apenas el viejo criado conoció la voz de su compañero, la puerta rechinó sobre sus pesados goznes y apareció la figura de un anciano que rayaba en el último tercio de su vida.

—Buenas noches, dijeron los viajeros.

—Dios os guarde, contestó el anciano; y despues de haber hecho una caricia á dos enormes perrazos que estaban á sus pies moviendo la cola, como preguntándole si habían llenado su cometido y podían retirarse á sus puestos, mandó á dos robustos aldeanos que se presentaron en aquella ocasion, que volviesen á cerrar la puerta y acomodasen los caballos. En seguida dijo saludando al caballero:

—Podeis seguirme, señor, y os presentaré al venerable abate de esta quinta, que se halla gozando del calor de un buen fuego en la cocina. Allí podreis cenar si teneis hambre, y calentar vuestros pies, que deben estar ateridos de frío.

—A fé mia que os habeis anticipado á mis deseos, respondió el caballero, y siguió alegremente al viejo Mendo que subió con bastante viveza la escalera.

El caballero al entrar en la cocina, se inclinó ante la respetable figura de un anciano nonagenario, cuya frente aunque arrugada por el peso de los años, no tenía ninguna de las señales que dejan en pos de sí las pasiones mundanales, ó los excesos de una juventud licenciosa; pero se descubría en sus arrugas un tinte de melancolía que inspiraba respeto y simpatía á cualquiera que lo observase. Su cabeza enteramente calva y sus ojos azules, en los cuales reflejaba una dulzura angelical, no pudieron menos de llenar de admiración y respeto al caballero, que no se atrevió á tomar asiento sino despues de habérselo suplicado con la mayor dulzura y amabilidad el digno sacerdote.

Dispuso en seguida se le sirviese la cena en uno de los salones de la quinta; pero el desconocido suplicó al anciano no le privase del goce de aquel fuego y sobre todo de su santa compañía, y el sacerdote para complacerle, dispuso se colocase una mesa junto al hogar, donde se le sirvió una cena digna en todos conceptos de los tiempos patriarcales.

Repuesto el desconocido del hambre y del frío de tan penosa jornada, el sacerdote le dirigió la palabra en estos términos.

—¿Podré saber, caballero, sin ser indiscreto, á quien tengo el honor de dar hospitalidad? Por Lope que os acompaña, criado del señor duque difunto, infiero que seáis amigo ó conocido del joven duque de Túnez, á quien no tengo el honor de conocer, en atención á que todavía no se ha dignado visitar este castillo ó quinta que tantos recuerdos conserva de sus ascendientes; pero desearía saber vuestro nombre para participarle vuestra venida, segun se acostumbra con todos los que reciben en él hospitalidad.

—Permitidme, respetable señor abate, que calle mi nombre, pues es indiferente que aviséis á mi amigo el duque. El sabe ya mi venida, y para que se me permitiese visitar

todo el castillo, ha dispuesto me acompañe su antiguo criado Lope, el cual os dará algunas instrucciones de su señor.

Lope inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dispensad, caballero, mi petición; replicó el sacerdote: no creáis que ha sido una vana curiosidad de saber vuestro nombre, sino una costumbre que se sigue en el castillo hace mas de treinta años.

—El objeto de mi visita, señor abate, es el de reconocer todos los departamentos de este castillo, de tantas tradiciones y recuerdos segun decís, pero como tengo precision de partir mañana muy temprano, quisiera que dieseis vuestras órdenes para que se me enseñen todas sus habitaciones subterráneas al rayar el día.

—Serán cumplidos vuestros deseos.

Dicho esto, dispuso el sacerdote le acompañase al desconocido á su habitación, donde lo dejaremos entregado á un sueño, de diez y ocho años, lo mismo que á los demás habitantes del antiguo castillo de los duques de S. Roman y de Túnez.

II.

Aun la purpurina aurora no había estendido sus rayos de oro y de zafir sobre los denegridos torreones del castillo; aun el mundo no había sacudido su letárgico sueño, ni el canto de las aves había entonado el himno de alabanzas al Eterno desde la espesura de los bosques, temerosas de que el viento helado que corría por los campos cortase su aliento vital, cuando el desconocido se paseaba precipitadamente por un salon de la quinta, como tratando de sacudir el frío que se iba apoderando de sus miembros. Ya se iba impacientando al ver que no se presentaba ningun sirviente á tomar sus órdenes, cuando vió aparecer en el dintel del salon al anciano sacerdote que caminaba apoyado en un báculo; pero á pesar de sus noventa años, su paso era firme aunque algo lento.

—¿Os admiráis, caballero, le dijo con sonrisa angelical, de verme levantado tan temprano? Pues sabed que en este instante acabo de celebrar la santa misa que digo diariamente en la capilla del panteon del castillo, y ahora vengo á enseñaros por mi mismo cuanto os plazca examinar.

El joven puso todos los medios imaginables, apuró todos los recursos de su elocuencia para disuadir al anciano de una resolucion que creía en extremo perjudicial á su salud, manifestándole repetidas veces que un criado era suficiente para que le acompañase, pero el abate firme en su propósito, le dijo sonriendo:

—Seguidme, hijo mio, y vereis que al fin de vuestra visita os hallareis con mas frío que yo. Si el piso está bueno, como lo creo, pues ha helado bien toda la noche, pienso despues que haya cumplido con mi deber hácia vos, ir á dar mi acostumbrado paseo matutino por el parque. ¡Fenómeno admirable! Aquel anciano de noventa años, con una sangre fria por necesidad y lenta en su circulacion, miraba con indiferencia una de las mañanas mas rigurosas del invierno, al paso que acobardaba á un joven de diez y ocho años. ¡Cuántas reflexiones filosóficas podrian sacarse de esta notabilísima ó innatural diferencia entre dos existencias, de las cuales la una se hallaba en su primavera y la otra tocaba á su fin!

El desconocido siguió al anciano, el cual le fué enseñando sucesivamente todos los departamentos del castillo, deteniéndose á cada momento para referirle la época en que habían sido construidos algunos muebles, y pintados ó retocados algunos cuadros de familia, y le daba una ligera noticia de la historia caballeresca de aquellos guerreros, ascendientes de la familia de Sandoval.

Por ultimo llegaron al panteon.

Era una especie de subterráneo abovedado, sostenido por ocho columnas de mármol, y al cual se bajaba por una escalerilla en forma de caracol.

El pavimento estaba perfectamente embaldosado de mármol blanco y azul. En el fondo estaba la capilla mencionada anteriormente por el sacerdote, y en el centro había una cruz de piedra y una estatua de mármol de Carrara que representaba el Angel de la guarda.

Solo una lámpara alumbraba constantemente aquel subterráneo de la muerte.

Los féretros estaban colocados circularmente y encima de cada uno se levantaba un pequeño pedestal, en el que se hallaba incrustada una lámpara azul, leyéndose en ella una inscripcion que revelaba el nombre del cadáver que encerraba, sus títulos y blasones.

Despues de haber leído varias de las inscripciones, entre las cuales se hallaban los nombres de don Fabricio de Toledo conde de Sandoval, don Carlos de Sigüenza, duque de San Roman y de Túnez y otros varios, todos de la familia de los Sandoval, llamó la atención del desconocido una tumba que se hallaba separada de todas y en la cual se leía la siguiente inscripcion:

«Hernán Manrique, fidelísimo y queridísimo amigo de don Carlos de Sigüenza.»

—¿Tendreis la bondad de explicarme, dijo el desconocido, á qué familia pertenecía este caballero? Su apellido me es enteramente desconocido.

—Ese caballero fué un criado ó mas bien un amigo del duque de Túnez, que sirvió de paje de armas al emperador Carlos V, antes que al duque.

Por un incidente bastante extraordinario pasó al servicio del duque, y se puede decir que fué uno de los hombres mas honrados y leales de su tiempo. Despues de infinitos servicios prestados á sus señores tanto en paz como en guerra, fué tanto el afecto que tomó al duque, que en una ocasion perdió el juicio á consecuencia de haberle visto en un inminente peligro y del cual pudo salvarle milagrosamente; pero fué tan fuerte la emocion que recibió, que le privó de la razon, la cual volvió á recobrar á fuerza de infinitos cuidados, aunque solo tenía algunos dias de lucidez

cayendo luego en una especie de estupor de que no podían sacarle ninguna clase de atenciones y desvelos.

El emperador agradecido á los servicios que le había prestado, le armó caballero, y el duque no permitió se separase de su lado.

Cuando falleció, que fué en mil quinientos cuarenta y cuatro, esto es, cuatro años despues del fatal acontecimiento, dispuso el duque que se le enterrase en el panteon de su familia.

A los dos he conocido, dijo el anciano sollozando, y una lágrima se deslizó por sus arrugadas mejillas. A los dos he conocido y tratado con bastante confianza y ambos fueron tan buenos como desgraciados, y si yo creyese en la fatalidad, diría que había pesado sobre ellos desde la cuna, lo mismo que sobre la mayor parte de los que reposan en esos sepulcros.

—¿Y podría preguntaros sin ser indiscreto, qué funesto acontecimiento causó la locura de tan honrado servidor? Se me figura, que debería de ser muy inminente el peligro de su señor, para ocasionarle un sacudimiento tan fuerte, aunque supongo que sería mayor el cariño de su criado. De todos modos, sino os fuese molesto, y sobre todo, sino os impide alguna causa revelar esa historia, desearía que os tomaseis la molestia de contárnela, pues se me figura que ha de ser bastante interesante.

—Sí señor; muy interesante, respondió el anciano sollozando, tanto por la nobleza de los personajes que figuraron en ella, cuanto por sus virtudes y sus desgracias. ¡Ah! ¡hijo mio! Los delirios de la juventud arrastran al precipicio á las almas del temple mas sublime, y el furor no refrenado de las pasiones, las lanza en el camino de la perdicion. Vos sois joven, mi querido señor, y en todas estas tumbas hallareis ejemplos que os deben apartar de los errores que á los cadáveres que descansan en ellas han hecho desgraciados durante su vida. Mas ya que deseáis saber tan patética historia, volvámonos al salon, donde ya tendremos un buen brasero y el desayuno y allí os la contaré con la mayor brevedad.

Los dos interlocutores abandonaron aquel recinto de eterno sueño, y despues de haberse desayunado con bastante frugalidad, y de algunos momentos de meditacion por parte del abate, durante los cuales parecia traer á la memoria acontecimientos harto dolorosos, principió su relacion en estos términos:

La historia que os voy á contar no tiene nada de extraordinario para aquellos que han hecho un estudio profundo de las debilidades del corazon humano; pero vos que estais ahora en los primeros albores de la vida, y que creéis hallar vuestro camino lleno de flores, sin conocer que dentro de su pintado y aromático cáliz se ocultan aspices venenosos; vos que por vuestra edad y vuestra educacion debeis de estar todavía exento de la corrupcion y de las pasiones, no dejareis de enterneceros como yo me enternezo, siempre que recuerdo tan patéticos acontecimientos.

La educacion, que es por decirlo así, el valladar en que se estrellan las malas inclinaciones del hombre, no ha sido por desgracia mirada con gran consideracion por vuestros abuelos. Nacidos entre los roncacos ecos de la trompa guerrera que resonó por espacio de quinientos años desde un polo al otro, ya para contener los estragos que los estandartes del falso profeta habían ocasionado desde las columnas de Hércules hasta las Galias y desde el Bósforo hasta las orillas del Tiber, ya para secundar los plausibles y filantrópicos deseos de varios monarcas que, no satisfechos con haber agotado sus tesoros y su sangre combatiendo las falsas doctrinas de Mahoma en Oriente y Occidente, lanzaron sus navíos al Océano animados de la fé mas pura y de un santo entusiasmo para sacar á los indios del estado de barbarie en que yacian y enseñarles las doctrinas del Redentor; todos estos motivos, digo, hacian que los nobles no cifrasen su dicha mas que en adquirir gloria, títulos y riquezas, sin pararse en la sangre que inhumanamente, aunque con la mejor buena fé, derramaban los más, para adquirir tan funesta nombradía.

Lejos de mí la idea de acriminar á persona alguna, echándolas en cara excesos propios de la barbarie de los siglos en que vivieron, y mucho menos á familias como las que van á figurar en mi historia, y bajo cuya proteccion ejerzo pacíficamente mi santo ministerio hace sesenta años.

Yo fui testigo presencial de los hechos que os voy á referir y aun parte interesada, pues no me hubiera sido posible, sin faltar á las leyes de gratitud, mirar con indiferencia la felicidad ó la desgracia de personas que me amaban con la mayor ternura, y cuyo pasto espiritual estaba á mi cuidado. Y si bien mi mision sobre la tierra, mision de paz y caridad, me tenían alejado de las pompas mundanales, el desgraciado Hernán me contó varias veces, en los momentos lúcidos que tenía, algunas particularidades que yo ignoraba. Pero voy á principiar, pues advierto que lo deseais con ansiedad.

Ciertamente, me interesa en extremo saber los pormenores de los acontecimientos que hicieron desgraciada á tan ilustre familia.

(Se continuará.)

FLOGIO DE SERENA (a).

ESCRITO POR CLAUDIANO, Y TRADUCIDO POR DON L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, QUIEN LO DEDICA AL SEÑOR DON PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Dime, ¡oh, Caliope! ¿cómo tardas tanto en coronar con guirnalda del Parnaso las virtudes de la benemérita Serena? Reina de las Musas, ¿erees que no son dignas las flores

(a) Las magníficas alabanzas que esta composicion contiene de España, es lo que nos ha movido á traducirla.

de adornar el cabello de otra reina en que lucen de ordinario los diamantes y las riquezas del Mar Rojo? Si aquellas flores son las que ni el Boreas con su frío, ni Sirio quema con sus ardores; las que se embellecen con los encantos de una eterna primavera y de continuo son regadas por las fecundas ondas del Permeso (1) y de Aganipe, ofreciendo en las praderas del Helicon á la casta abeja, que liba su pasto, una miel que trasmite á los futuros siglos.

¿Qué poeta halló jamás en una muger virtudes mas dignas de ser cantadas! Los griegos alaban á la púdica Alceste (2), libertadora de su marido, que consintió en sufrir la muerte en lugar de aquel, y cederle los años que ella debía aun vivir; pero las musas latinas celebran á Tanaquila (3), confidente del Destino; á Clelia (4), atravesando el Tiber para volver á Roma; á Claudia (5), tirando con su cabellera virginal de la estatua de Cibeles detenida en el mismo río. ¿Y qué objeto se propone pintar en su poema el genio sublime del anciano de Meonia (6)? Si describe á Caribdis armada de remolinos, á Sila de perros, y á Circe con su encantada copa; la voracidad de Antifates (7) engañada; á los remeros con los oídos tapados para no oír los seductores acentos de las sirenas; al ciclope privado de la luz del día, y á Calipso despreciada: á Penélope es á quien se honra con todo esto, á su pudor es al que se erige este trofeo. Las penalidades sufridas en la tierra y en la mar, y tantos años pasados en la guerra como andando perdido en las olas, atestiguan la fidelidad del héroe á las leyes de Himeneo. Claudia, apareciendo casta por el testimonio de la diosa cuando felizmente hace andar al vagel en que iba su estatua, y al mismo tiempo justificándose de un crimen, y Penélope engañando con sus dilaciones á sus pretendidos, destejendo de noche lo que tejía de día, aunque una y otra horroina no podían disputar á Serena los títulos de su gloria.

Si la nobleza es lo primero que se ofrece á los elogios y todos los efectos corresponden á sus causas, ¿qué sangre mas ilustre, qué origen mas alto que descender de monarcas? No podía darle este timbre una familia privada, ni en una modesta casa podía nacer tanta majestad. La grandeza que tú debes á tu tío (8) todavía la realza tu abuelo (9), aquel rayo de la guerra, que llevó las enseñas romanas á la remota Bretaña y rechazó las armas de los gétulos. No nos hable Cornelia de la ilustre familia de los Escipiones y ensalce menos los trofeos que reportó de Cartago. Tú ostentas los laureles que en uno y otro polo cogieron tus abue-

los y te rodean los despojos que en la fría Caledonia y en las regiones australes conquistara su valor. Aun no había tomado aquella familia las riendas del gobierno del mundo, cuando Lucina hizo que vieses la luz benéfica de los astros. ¡Qué gloria tan grande para tí! Hasta que tú naciste, no empuñó el cetro tu familia.

¿Qué alabanzas, ¡oh España! podrá decir de tí la voz de un mortal que sean dignas de tu grandeza? El sol se levanta de los mares de la India para emprender su carrera, y en sus ondas al declinar el día, sus corceles se bañan y descansan los fatigados astros. Rica en caballos, fértil en frutos, abundante en preciosos metales, fecunda en príncipes virtuosos. Los siglos te deben á Trajano, de tí tuvo origen la progénie de los Elios (1), tu anciano padre, y tus hermanos, jóvenes soberanos de la tierra. Otras naciones que se unieron á los romanos por medio de alianzas, ó que las armas sometieron, contribuyen al imperio de varias maneras: las mieses de Egipto y los granos de Cartago alimentan nuestros campamentos: la Galia envía sus robustos guerreros: los escuadrones de caballos ilirios se cubren de sudor militando en nuestros ejércitos: mas ¿España qué nos dá? Emperadores: este es el nuevo género de tributo con que ella sola contribuye al imperio. Frutos, metales, soldados, nos vienen de todas partes, y se sacan de todo el orbe: España dá varones que gobiernen todas las cosas. Mas no se contentó con ser madre de héroes, también qui-

las minas arrojaron su oro y las ninfas de los ríos cogieron en las grutas de los Pirineos la piedra (1), que lanza el fuego de los rayos. Las nereidas que segun el curso de las ondas de los ríos, cuyas aguas avanzan ó retroceden, te proclamaron reina, y cantaron los auspicios que vaticinaban tu futuro himeneo. Entonces crecía en una region remota el joven Estilicon, muy lejos de pensar en el porvenir: el destino le formaba una esposa, y le preparaba en los últimos términos del mundo los vínculos de esta grande union.

Una nodriza mortal no merecía cuidar de tus tiernos años: las Horas te dieron la primera vez sus pechos en sus perfumados regazos, y las Gracias desnudas te cogieron en sus brazos, te inspiraron, y de ellas aprendiste á pronunciar las primeras palabras. Por donde quiera que jugabas andando por los céspedes nacían rosas y cándidos lirios. Si un dulce sueño te cerraba los párpados, la violeta purpúrea se elevaba formándose un lecho de verdura y presentando la imagen florida de un lecho real.

Tu madre, no atreviéndose á manifestar estos presagios halagüeños, formaba votos en secreto y ocultaba su dicha bajo una tímida esperanza. Honorio te estrechaba en sus paternales brazos y Teodosio todavía hombre privado, y ahora emperador, cuando iba á la morada de su hermano te cubría de ósculos, y enagenado de alegría te llevaba á su palacio. Tú, volviéndote á tu madre la decías con tiernas

quejas: ¿por qué quiere este siempre sacarme de casa? ¡Inocencia llena de presagios! pues tu lengua infantil de este modo te predecía el imperio.

Habiendo fallecido tu padre te adoptó tu ilustre tío, y para darte consuelo en dolor tan grande, demostró á la hija de su hermano difunto mas amor que si la hubiera engendrado. No: en Lacemonia una amistad mas tierna no unió en otro tiempo á los hijos de Leda. Dió asimismo á su hijo el nombre del hermano que había perdido, y del modo posible conservó la imagen de Honorio. En fin, cuando fué elegido para poner en sus manos las riendas del gobierno, antes de manifestar su amor á sus hijos, quiso que tú y tu fiel hermana fueseis de lastierres de España á las playas de Oriente.

Ya las vé el Tajo abandonar sus riberas, y que, dejadas las regiones donde reina el céfiro, dirigen su viaje á las ciudades sujetas á la Aurora. Marchan las dos vírgenes hijas de Honorio, Termancia la primera, y Serena la segunda prenda de su amor. Himeneo no ha sometido todavía sus blancos cuellos bajo el yugo de Citera. En los ojos de ambas reina la timidez de la modestia: las dos aumentan su hermosura con la gracia de su conversacion. A la manera que cuando la hija de Latona y Palas su hermana, como nacida del cerebro de Júpiter, acaso se dirigen al reino de su tío el rey de los mares, se allanan las montañas de espuma reverentes á las plantas de estas castas diosas: la desenvuelta Galatea (2) olvida sus juegos: el voluptuoso Triton no se atreve á tocar á Cimotoe (3), y Proteo veda á los monstruosos habitantes del mar las torpes caricias, porque el pudor

impone sus severas leyes á la estension de los mares; así las hijas de Honorio dirigen sus pasos á la real morada de su augusto padre, y á la entrada de ella las abraza Teodosio con la ternura propia de un padre; pero con razon á tí era á la que mas lo inclinaba su amor.

Frecuentemente cuando agobiado con el peso de los negocios se apoderaba de él la tristeza ó volvía poseído de enojo, y los hijos huían de su padre, y aun la misma Fla-

(1) Esta piedra que los latinos llaman *Ceraunium*, es de color de fuego, y segun opinion vulgar se halla en los sitios donde han caído rayos.

(2) Ninfa marina hija de Nereo y Doris.

(3) Ninfa marina hija de Nereo y Doris.



OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE MADRID.

so distinguirse por sus heroínas, y para brillar por uno y otro sexo produjo á Flacila, á María y á la hermosa Serena.

Cuando tú naciste, es fama que las doradas ondas del Tajo desbordado se extendieron por las fértiles llanuras. Galicia se cubrió de flores, y el Duero, cuyas riberas amenizan las rosas, tiñó con el brillante color de la púrpura los vellones de las ovejas. El Océano arrojó perlas en las costas de Cantabria, y el pálido astur dejó de andar errante en las entrañas de sus montes: para celebrar tan augusto natal

(1) El emperador Adriano, natural de España, era de la familia Elia, y se llamó Elio Adriano.

(1) Río de Beocia, que nace del Helicon y desagua en el lago Copaide, consagrado á Febo y á las Musas.

(2) Muger de Admeto, rey de Tesalia, que estando enfermo y habiendo de morir, segun el oráculo, si algun amigo no sufría la muerte por él, como ninguno quisiese someterse á tal sacrificio, se ofreció ella y dió la vida á su esposo.

(3) Muger de Tarquino Prisco, rey de Roma, la cual escitó á su marido, siendo un particular, á ir á esta ciudad á probar fortuna, y auguró á Servio Tulio, que había de ser rey por un fuego que le rodeaba la cabeza estando durmiendo.

(4) Joven romana que, habiendo sido dada al rey Pórsena en rehenes por los romanos, se fugó del campamento de éste, y pasando á nado el Tiber se volvió á Roma.

(5) Vestal, de la que habiéndose sospechado que había perdido la virginidad, probó su inocencia, conduciendo ella sola la nave en que iba la imagen de Cibeles, que había varado en el Tiber, lo que no habían podido conseguir gran número de hombres.

(6) Homero: Meonia es una region de Grecia donde está Esminna, una de las ciudades que pretenden ser la patria del primero de los poetas.

(7) Rey de los lestrigones antropófagos, que despedazó á uno de los compañeros de Ulises.

(8) El emperador Teodosio el Grande, hermano de Honorio, padre de Serena.

(9) Insigne capitán, que algunos hacen descendiente de Trajano, al que quitó la vida el emperador Valente en Africa.

cila temia ver irritado á su esposo, sola tú, ó Serena, podías calmarle con la suavidad de tus palabras: tan agradable le era tu conversacion. Callada y discreta, un comediante superior á tus años se vé en tí como el de los tiempos antiguos. No era así la hija de Alcino (1), que Homero iguala en sus elogios con la misma Diana. Ocupada en tender por la ribera sus mojados vestidos, en formar con sus doncellas alegres danzas, y en tirar una dorada pelota al aire, palidece á la vista de Ulises, que sale de entre el follaje de los árboles donde el sueño le había dado descanso de su naufragio.

cuando se vuelve á las sombras; como el de la esposa de Capaneo (1), que se arrojó á la hoguera por mezclar sus cenizas con las de su esposo; ó como el de Lucrecia, que echándose sobre la espada vengadora de su castidad probó por una muerte voluntaria el crimen del tirano, y armó al mismo tiempo la indignacion de su patria para que combatiendo arrojase á Tarquino del trono, y murió con gloria vengando de un golpe su pudor ofendido y la libertad. Estos son los hechos que te agrada leer á tí, que no siendo inferior en virtudes gozas de mas feliz destino. Tu edad ya pedia contraer los lazos del himeneo, y la solicitud del príncipe tenía

la espada en la mano lo alcanzaba. Calidon desde sus altos muros vió la empeñada lucha entre Hércules y el río Aque-
loo (1), al que oprimía el héroe contra su pecho anhelante: el río retrocede demudado, pierde un cuerno de su frente, la sangre enrojecia las aguas, y pasmadas las ninfas ligaban sus heridas. Deyanira era el premio del vencedor. No á las manzanas de oro de las Hespérides, Serena, no á el haber vencido á un río, ó á un alevoso carro debió Estilicon ser tu esposo: á su valor probado en cien combates debió que lo eligiese Teodosio. Su valor le mereció entrar en la familia del emperador.

Frecuentemente los capitanes concedieron coronas al mérito militar; uno tenía el honor de ceñir la corona mural; otro la cívica, hecha de ramas de encina; aquel la naval, formada de popas por haber vencido las naves enemigas: solo Estilicon mereció por recompensa de sus hechos ¡premio inestimable! recibir de la mano de Teodosio la corona de Himeneo. Igual cuidado debió Termancia á su tío: ella se unió asimismo á un guerrero; ¡pero cuán inferior fué su suerte á la tuya! En otra luz se encendieron tus teas nupciales para la incolumidad de Roma, y tu Himeneo fué para tu esposo principio de grandes honores. Fué el primero tener á su cargo la eleccion de los caballos de raza de Capadocia, hijos de las yeguas frigias que pacen en las dehesas del monte Argeo, para las caballerizas del emperador. Después con doble autoridad comandó los ejércitos, y de tal manera correspondió á la confianza del príncipe, que habiéndole dado siempre grandes recompensas, todavía sin embargo se le debían mayores. Si la guerra, como una tempestad se suscitaba, los mas provecos generales, así de caballos como de infantería, superiores á él, tanto en edad como en preeminencia, ponían en sus manos la direccion de la campaña sin que tuviesen reparo ni por su ancianidad ni por sus dignidades en estar á las órdenes de un jóven. A la manera que cuando el viento es suave y la mar está tranquila cualquiera cree que puede regir el timon; mas cuando el austro proceloso se desata y las olas combaten los costados de la nave, cesa toda contienda y los marineros solo se conforman con que rija la mano del mas hábil, y confían el bagel y su vida á la direccion de uno dando el terror testimonio de la pericia, y poniendo término á la contienda la tempestad; así cuando la borrasca de la guerra estalló en la Tracia, cediendo todos á la vez, solo Estilicon fué elegido general. El temor, juez infalible, reunió los sufragios de todos, y á la vista del peligro se dió por vencida la ambicion, y el temor impuso silencio á la envidia.

¡Qué horror entonces se apoderó de tus miembros y cuántas lágrimas corrian por tus mejillas cuando los clarines llamaban al combate, y volviendo á tu morada los ojos humedecidos anhelabas su vuelta; y sin embargo, del casco amenazante que cubria su cabeza, robabas apresuradamente ósculos á tu esposo! Mas, ¡cuánto era tu alborozo, cuando despues, al son de la trompeta, lo recibías vencedor, y cubierto aun con la ferrada cota lo estrechabas en tus escelsos brazos; y durante el apacible descanso de la noche, ya lejos de los peligros, le hacías contar los sucesos de las batallas!

Jamás, mientras él está en campaña, piensas en cuidar tus hermosos cabellos, ni en ataviarte con tus ordinarias joyas de pedrería, ocupada solamente en elevar súplicas al cielo, barres el pavimento de los templos con tu cabellera suplicante. La gracia de tu hermosura abandonada, vuelve á lucir cuando torna tu esposo. El amor, sin embargo, no se entibia ni debilita en tu alma. La prudencia merece en tí la alabanza que el valor en el guerrero. Mientras aquel combate á los bárbaros, tú entiendes sin descanso en todas las cosas, para que ni la rabia de la envidia, ni la calumnia inicua se atrevan contra el ausente, y para que á las armas que están lejos no halle furtivamente la traicion medios de perder en Roma. Cuando en otro tiempo Rufino con criminales proyectos conspiraba contra la vida de Estilicon y favorecía á los getas conjurados contra las armas romanas, sola tú diligente penetraste sus ocultas maquinaciones y participabas á tu esposo tus temores por mensajes y por escritos...

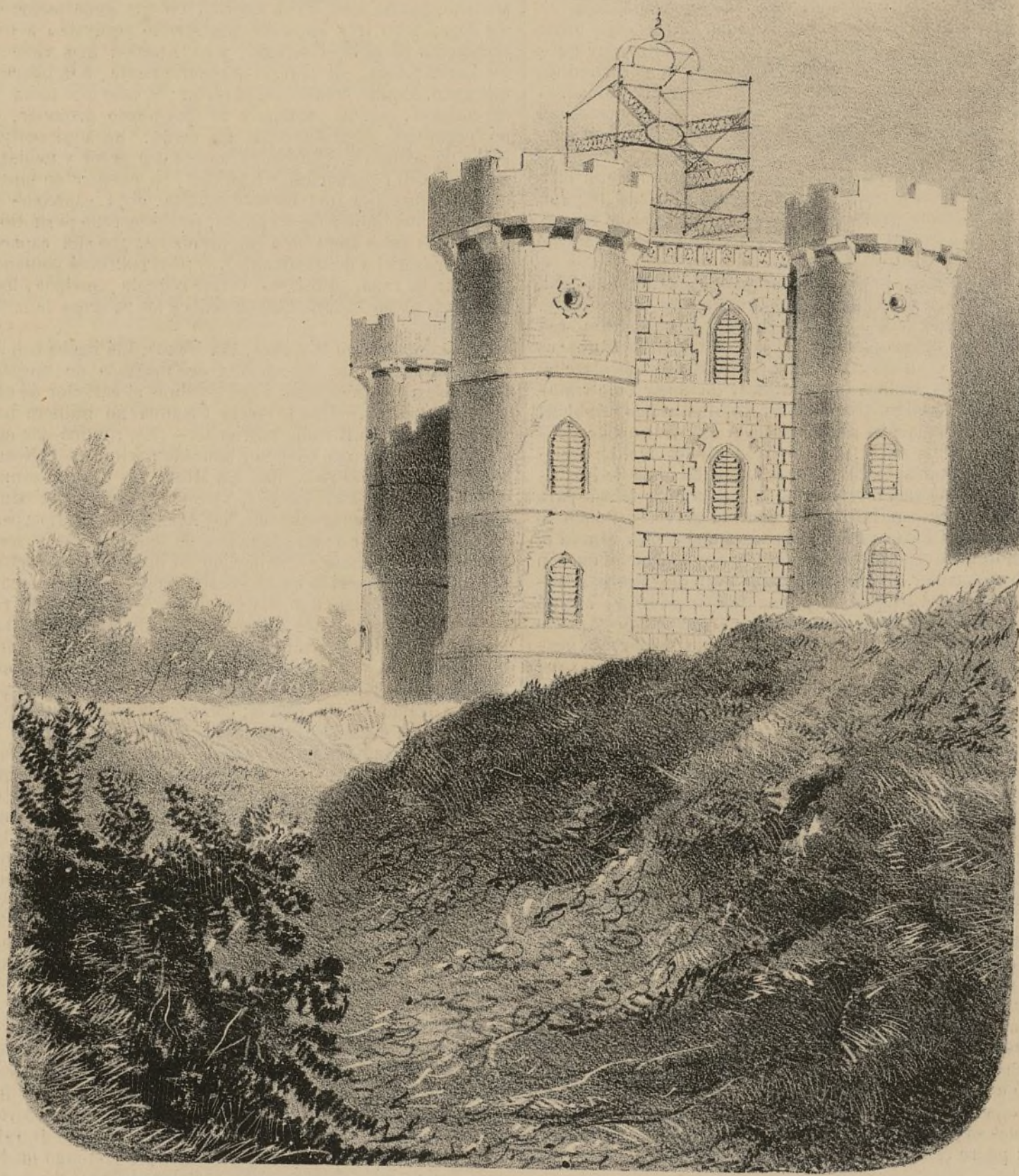
Falta lo demás.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE MADRID.

Este edificio situado en el cerro llamado de San Blas, junto al paseo de Atocha, fué construido en tiempo de Carlos III; y á fines del siglo pasado, reinando ya Carlos IV, estaba destinado al cuerpo de Ingenieros cosmógrafos. Es un paralelógramo rectángulo, con dos alas de igual figura. En medio de un vestíbulo con diez columnas, que se eleva á la parte S. hay un átrio con una escalera de caracol, y un pasillo que rodea el salon central. La escalera conduce á un templete cubierto con una cúpula esférica, donde se hacen las observaciones, y el salon está cubierto por una bóveda con un luneto circular en su clave, para facilitar el uso de los instrumentos de observacion.—Todo el edificio es de ladrillo, piedra berroqueña y columnas para sus adornos.

(1) Hijo del Océano y de la Tierra: peleó con Hércules por Deyanira, hija de Oveo, rey de Calidonia en la Etolia.



TORRE TELEGRÁFICA DEL RETIRO.

Te divierten los entretenimientos de las musas, y te complaces en leer los versos de los antiguos poetas, y recorriendo las obras que Esmirna produjo (2) y que nos ha dado Mántua (3), repruebas á Helena, y no puedes perdonar á Dido. Ejemplos mas nobles se propone su ánimo pudoroso, como el de Lasdamia (4), que sigue á Protesilao,

(1) Nauricae ofrecida en matrimonio á Ulises por su padre el rey de los feacos en la isla de Córceira.

(2) Las obras de Homero, que es tenido por natural de Esmirna.

(3) Las obras de Virgilio, natural de Mántua.

(4) Hija de Acasto y Laodota, que amó á su marido tan ardentemente, que habiendo sabido que Hector lo había matado no quiso sobrevivirle, mas sí tener el consuelo de ver su sombra antes de morir, y habiéndola visto, abrazada á ella espiró.

dudosa á la corte, que formaba votos no sabiendo á qué mortal estaba destinada la dicha de tan ilustres nupcias.

Los poetas escriben que en la antigüedad los reyes imponían á los amantes la ley cruel de conquistar sus esposas esponiendo sus vidas al peligro de un duelo, y que se gozaban ¡oh crueldad! en ver que no faltaba quien se espusiese á morir por conseguir á sus hijas. Pélope huye en un carro marino, las saetas del rey de Elide Ocnomao, cuya esperanza frustró la fractura de un eje mal dispuesto por la perfidia de Mirtilo. Hipómanes, lleno de temor, triunfó con una manzana de oro de la veloz Atlanda que corriendo con

(1) Evadne, muger de Capaneo, que habiendo sabido que su esposo había muerto herido de un rayo en el sitio de Tébas quedó como petrificada y luego se arrojó en la hoguera.

FABULAS.

Dos amantes, lindísima pareja,
cruzaban por la Fuente de la Teja:
del campo la fragancia y la verdura
les incitó á correr, ¡para locura!

Lo desigual del piso no miraron,
y en un hoyo profundo se embocaron
dándose veinte y cinco tolondrones,
que al cabo resultaron en chichones.

*Quien los campos de amor corre sin tino,
tema los tropezones del camino.*

¡Ay... doctor, que me duele!—Es reumatismo:
unturas, una purga, un sinapismo.

—¡Ay, doctor!... que el dolor se desenfrena.

—Esa es buena señal, señal muy buena.

—¡Un año padeciendo esta tortura!

—Estos males el tiempo es quien los cura.

¿Qué logran los Doctores con sus untos?...

Te lo voy á decir: hacer difuntos.

UN CÓMICO. Soy el primer actor.

UN AUTOR. En hora buena.

CÓMICO. Soy el jefe absoluto de la escena;
y no admito consejos: ¡soy el Genio!...

AUTOR. Si me silban...

CÓMICO. Culpad á vuestro ingenio.

AUTOR. ¿Y si aplauden la pieza?

CÓMICO. De ese modo

todo me lo debeis; ¡yo lo soy todo!

*El autor, que en sus obras tome parte,
que vaya con la música á otra parte.*

Por cazar Don Fulano en coto ageno
un palizon le dieron, de lo bueno:
*No me caces, lector, nunca tras mano,
que te puede pasar lo que á Fulano.*

LEIS PINO.

TORRE TELEGRÁFICA DEL RETIRO.

Esta torre está situada á la izquierda de la plaza de la China, terminando por aquella parte los dilatados y hermosos paseos del Retiro.

Su nombre señala el objeto para qué fué construida; y el grabado que ofrecemos á nuestros lectores, nos evita una descripción que creemos innecesaria.

EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

III

Leopoldo volvió de su escursión el día en que su amigo abandonaba el lecho: Rodolfo le forjó un cuento y le encargó ir á Lucerna á buscar los equipajes y sus cartas: Leopoldo le trajo la noticia mas horrible y mas funesta: la madre de Rodolfo había muerto. En tanto que los dos amigos iban de Bâle á Lucerna, la carta fatal, escrita por el padre de Leopoldo, había llegado el día de su partida para Fluelen. A pesar de las precauciones de su amigo, Rodolfo fué asaltado de una fiebre nerviosa: el día en que el futuro notario vió á su amigo fuera de peligro partió para Francia provisto de un poder. Rodolfo pudo así quedar en Gersau, el solo lugar del mundo donde podía calmar su dolor. La situación del joven francés, su desesperación y sus circunstancias, que hacían esta pérdida mas dolorosa para él que para cualquier otro, fueron conocidas y atrajeron sobre él la compasión y el interés de todo Gersau. Todas las mañanas la falsa muda venía á ver al francés para darle noticia de su señora. Cuando Rodolfo pudo salir, fué á casa de los Bergmann á dar gracias á Miss Fanny Lovelace y á su padre por el interés que le habían manifestado. Por la primera vez, desde su establecimiento en casa de los Bergmann, el viejo italiano dejó penetrar un extranjero en su habitación, con una cordialidad debida á sus desgracias y á su cualidad de francés, que excluían toda desconfianza. Francesca se mostró tan bella en la primer visita, que hizo entrar un rayo de consuelo en aquel corazón abatido: sus sonrisas echaron sobre el duelo de Rodolfo las rosas de la esperanza; ella cantó no aires alegres, sino graves y sublimes melodías propias para el estado del corazón de Rodolfo, que observó este tierno cuidado. Hacia las ocho de la noche, el anciano dejó solos á los dos jóvenes sin ninguna apariencia de temor, y salió de su casa. Cuando Francesca se cansó de cantar llevó á Rodolfo bajo la galería exterior, desde donde se descubría el sublime espectáculo del lago, y le indicó se

sentase junto á ella en un banco rústico de madera.—¿Es indiscreto, *cara Francesca*, preguntaros vuestra edad? preguntó Rodolfo.—Diez y nueve años, respondió ella, pero cumplidos. Si algo pudiese atenuar mi dolor, sería, repuso él, la esperanza de obteneros de vuestro padre. Cualquiera que sea vuestra fortuna, bella como sois, me pareceis mas rica que la hija de un príncipe. Tiemblo al haceros esta confesion de los sentimientos que me habeis inspirado; pero son profundos y eternos.—*Zitto*, dijo Francesca poniendo el índice de su mano derecha sobre sus labios. No continúeis: no soy libre; estoy casada hace tres años... Un profundo silencio reinó entre los dos durante algunos instantes.

Cuando la italiana, espantada de la actitud de Rodolfo se aproximó á él, le halló enteramente desvanecido.—¡*Povero!* dijo ella ¡y me parecia tan frio!

Ella fué á buscar sales y reanimó á Rodolfo haciéndoselas respirar.—¡Casada! dijo Rodolfo mirando á Francesca, y sus lágrimas corrieron abundantemente.—¿Qué niño sois! dijo ella, tened esperanza, porque mi marido tiene...—¿Ochenta años?—No, sesenta y cinco. Se ha hecho un máscara de ancianidad para desorientar á la policía.—¡Oh! ¡*cara!* dijo Rodolfo, con pocas emociones de estas, seguro que moriría. Solo despues de veinte años de conocerme sabrais cuál es la fuerza de mi corazón, de qué naturaleza son sus aspiraciones hacia la dicha. Esta planta, dijo mostrando un jazmin de Virginia que cubria la balaustrada, no sube con mas vivacidad para abrirse á los rayos del sol, como yo anhelo abrasarme en vuestra mirada, tanto me he aficionado á vos desde hace un mes. Os amo con un amor único; este amor será el principio secreto de mi vida, y con él moriré quizás.—¡Oh! ¡francés! ¡francés! dijo ella, comentando su espresion con un pequeño movimiento de incredulidad.—¿No será necesario esperar para recibiros de las manos del tiempo? repuso él con gravedad. Pero sabedlo; si sois sincera en esa palabra que se os acaba de escapar, os aguardaré fielmente sin dejar crecer en mi corazón ningun otro sentimiento. Ella le miró disimuladamente.—Nada, dijo él, basta de fantasías. Yo tengo mi fortuna por hacer, y vos necesitais una posición espléndida, la naturaleza os ha creado princesa.

A esta palabra Francesca no pudo contener una débil sonrisa que dió á su rostro la espresion mas encantadora. Esta sonrisa obligó á hacer una pausa á Rodolfo.—Sí, repuso él, vos debeis sufrir con las privaciones á que os ha reducido el destierro. ¡Ah! si quisierais hacerme el mas feliz de los hombres, y santificar mi amor, me tratariais como un amigo. ¿No debo ser vuestro amigo tambien? Mi pobre madre me ha dejado sesenta mil francos de economías, tomad la mitad. Francesca le miró fijamente: aquella mirada penetrante fué hasta el fondo del alma de Rodolfo.—No tenemos necesidad de nada, mi trabajo basta para nuestro lujo, respondió ella con una voz grave.—¿Puedo yo sufrir que una Francesca trabaje? exclamó él. Ya vendrá el día en que volváis á vuestro pais y encontreis lo que en él habeis dejado... La joven italiana miró de nuevo á Rodolfo.—Y me restituyais lo que os digneis admitir, añadió él con una mirada llena de delicadeza.—Dejemos esta conversacion, dijo ella con una incomparable nobleza de gesto, de mirada y de actitud. Haced una brillante fortuna, sed uno de los hombres notables de vuestro pais, yo lo quiero. La ilustracion es un puente que puede servir para franquear un abismo: yo os creo con altas y poderosas facultades; pero servios de ellas mas para dicha de la humanidad que para merecerme y sereis á mis ojos mucho mas grande.

En esta conversacion, que duró dos horas, Rodolfo descubrió en Francesca el entusiasmo de las ideas liberales y ese culto de la libertad que ha hecho la triple revolucion de Nápoles, del Piamonte y de España. Al salir fué conducido hasta la puerta por Gina, la falsa muda. Eran las once, nadie andaba por la poblacion, no habia, pues, que temer indiscrecion alguna; Rodolfo llevó á Gina á un rincón y le preguntó muy bajo y en mal italiano.—¿Qué son tus amos? ¡hija mia! dímelos y te daré esta moneda de oro nueva.—¡Señor! respondió la niña, tomando la moneda, mi amo es el famoso librero Lamporani de Milan, uno de los gefes de la revolucion, y el conspirador que Austria mas desea tener en Spielberg.—¡La muger de un librero! Tanto mejor, pensó él, rayamos á la misma altura.—¿De qué familia es ella? añadió él, ¡porque tiene aire de una reina!—Todas las italianas son así, respondió orgullosamente Gina. El nombre de su padre es Colonna.

IV.

La humilde condicion de Francesca alentó de tal modo á Rodolfo que mandó poner á su barca una toldilla y almohadones, y fué á proponer á su amada dar un paseo por el lago: ella aceptó, sin duda para hacer mejor su papel de joven Miss á los ojos de los aldeanos; pero llevó consigo á Gina. Las menores acciones de Francesca Colonna descubrian una educacion superior y el mas elevado rango social. Al sentarse la italiana ocupó un extremo de la barca, de modo que Rodolfo se vió separado de ella, y ante la espresion de su verdadera y altiva nobleza, cayó su premeditada familiaridad. Una sola mirada bastó á Francesca para hacerse princesa con todos los privilegios de que hubiese gozado en la edad media; parecia haber adivinado los secretos pensamientos de aquel vasallo que tenia la audacia de constituirse en su protector. Yá en el mobiliario del salón donde Francesca le habia recibido, en su tocador y en las cosas que la servian, habia reconocido Rodolfo los indicios de una naturaleza elevada y de una alta fortuna. Todas estas observaciones se le representaron á la vez en la memoria, y se puso pensativo despues de haber sido, por decirlo así, rechazado por la dignidad de Francesca. Gina, aquella confidante adolescente apenas, parecia tener una máscara

burlona mirando á hurtadillas á Rodolfo. Este visible des-acuerdo entre la condicion de Francesca y sus maneras, fué un nuevo enigma para el enamorado, que sospechó otra astucia semejante al falso mutismo de Gina.—¿Adónde queréis ir? *Signora Lamporani*, preguntó él.—Hacia Lucerna, respondió Francesca en francés.—¡Bueno! pensó Rodolfo, no se ha admirado de oírme llamarla por su nombre, habia sin duda previsto mi pregunta á Gina. ¡Qué astuta!—¿Qué teneis contra mí? dijo él, yendo por último á sentarse cerca de ella, y haciendo ademán de cogerla una mano que Francesca retiró. Estais conmigo muy fria y reservada ó *quisquillosa*, como diríamos en estilo familiar.—Es verdad, replicó ella sonriendo; la seriedad no sienta bien, es es muy plebeya, ó como decís los franceses, es poco artista. Vale mas explicarse que guardar contra un amigo hostiles ó frios pensamientos, y vos me habeis probado ya vuestra amistad. ¿Habré ido quizás mas lejos que vos? pero sospecho que me habeis tomado por una muger muy vulgar... Rodolfo multiplicó los signos de negacion.—Sí, dijo la muger del librero sin tener en cuenta la pantomima que veia perfectamente. Me he apercibido de ello y naturalmente vuelvo en mí para terminarlo todo con algunas palabras de una profunda verdad. Sabedlo bien, Rodolfo: siento en mí fuerza bastante para ahogar un sentimiento que no esté en armonía con las ideas que concibo del verdadero amor. Puedo amar como sabemos amar en Italia; pero conozco mis deberes, y ningun enagenamiento bastaria para hacérmelos olvidar. Casada sin mi consentimiento con ese pobre anciano, podria usar de la libertad en que generosamente me deja; pero tres años de matrimonio equivalen á una aceptacion de la ley conyugal, y ni la pasión mas violenta me haria apelar, ni aun involuntariamente, á la libertad que gozo. Emilio conoce mi carácter; él sabe que fuera de mí corazón, que me pertenece y del que puedo disponer, yo no permitiria dejarme coger mi mano: hé aquí porqué acabo de rehusarla. Quiero ser amada con ardor y nobleza; esperada con resignacion y fidelidad; en cambio no puedo conceder mas que una ternura infinita, cuya espresion no pasará de los límites de mi pecho, único terreno permitido. Pero todas estas cosas bien comprendidas, ¿no son capaces de hacer la dicha de un amante?... ¡Oh! continuó poniendo un gesto de niña, ¿quisierais verme coqueta, burlona, loca como una joven incauta que no conoce los peligros de la familiaridad?

Esta declaracion tan pura, tan franca, fué hecha con un tono y un acento tan ingenuos y acompañada de miradas tan espresivas, que dieron á sus palabras el carácter de una profunda verdad.—Una princesa Colonna no hubiera hablado mejor, dijo Rodolfo sonriendo.—¿Es, replicó ella con altanería, un reproche por mi humilde nacimiento? Necesita un blason vuestro cariño? En Milan, los nombres mas célebres como Sforza, Cánova, Visconti, Trivulzio, Ursini, están escritos sobre las tiendas, hay Archinto boticarios; pero creed que á pesar de mi condicion de tendera, tengo sentimientos de duquesa.—No ha sido mi intencion reprocharos, señora, he querido hacer vuestro elogio...—¿Por medio de una comparacion? dijo ella con finura.—¡Ah! sabedlo, repuso él, para que no me atormentéis, si mis palabras pintan mal mis sentimientos, mi amor es absoluto, capaz de sufrir una obediencia y un respeto infinitos. Ella inclinó la cabeza como muger satisfecha y dijo:—Señor, aceptais entonces mis tratados?—Sí, dijo él; comprendo que en una poderosa y rica organizacion de muger, no puede perderse la facultad de amar, y que por delicadeza quereis contenerla. ¡Ah! Francesca, una ternura recíproca á mi edad y con una muger tan sublime, tan realmente bella como sois ¿no es ver colmados todos mis deseos? Amaros como vos quereis ser amada, ¿no es para un hombre preservarse de todas las malas pasiones? ¿no es emplear sus fuerzas en un noble afecto del cual puede uno estar mas tarde orgulloso y que no puede prestar sino bellos recuerdos? ¡Si supieseis con qué colores, con qué poesía acabais de revestir la penosa cadena del martirio; y esa riquísima ofrenda!—Quiero saberlo, interrumpió ella.—Pues bien, este momento iluminará en mi vida como un diamante en la frente de una reina.

Por toda respuesta, Francesca puso su mano sobre la de Rodolfo.—¡Oh! querida mia, mi siempre amada, decid, ¿no habeis amado nunca?—¿Jamás!—¿Y me permitiréis amaros noblemente, aguardándolo todo del cielo?—Ella inclinó la cabeza suavemente. Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Rodolfo.—¡Y bien! ¿qué teneis? dijo ella abandonando su papel de emperatriz.—¡Ya no tengo madre para decirle cuán feliz soy! Ha abandonado esta tierra sin ver lo que hubiese dulcificado su agonía...—¿Qué? dijo ella.—Su ternura reemplazada por una ternura igual.—¡*Povero mio!* exclamó la italiana enternecida. Creedme repuso ella, despues de un momento de pausa; es una dulce satisfaccion y un gran elemento de fidelidad para una muger considerar que ella sola basta para la dicha de su amante, verle solo, sin familia, ocupando completamente su corazón, en una palabra, poseerlo todo entero.

Cuando dos amantes llegan á comprenderse de ese modo, el corazón experimenta una deliciosa quietud; una sublime tranquilidad. La confianza es la base que necesitan los sentimientos humanos, que es lo que jamás falta al sentimiento religioso: el hombre está siempre cierto de la recompensa que espera de Dios; así es que el amor humano no se cree seguro sino en cuanto tiene similitud con el amor divino. Es necesario haber experimentado estos afectos para comprender la voluptuosidad de ese momento, siempre único en la vida y que no vuelve jamás, como no vuelven las emociones de la juventud. Creer en una muger, hacer de ella su religión humana, el principio de su vida, la luz secreta de sus menores pensamientos, ¿no es esto una segunda vida? Un hombre mezcla entonces á su amor un poco del que tiene á su madre. Rodolfo y Francesca guardaron durante algun tiempo el silencio mas profundo, entendiéndose con miradas amigas y llenas de pensamientos. Se comprendían,

sí, en medio de uno de los mas bellos espectáculos de la naturaleza, cuyas magnificencias, esplicadas por las de sus corazones, les ayudaban á grabarse en sus memorias las mas fugaces impresiones de aquella hora solemne.

(Se continuará.)

LA SONRISA DE DIOS.

No te puedo decir cómo es, hermosa; como el azul y el oro en rica tela, como luz de mi vida dolorosa que en el mar de mis lágrimas riela.

(AROLAS.)

Era el caos: rasgaron las tinieblas á la voz del Señor mundos de lumbre y descubrió la célica techumbre su fúlgido brillar.

En pardo remolino vi las nieblas perseguidas de luces de topacio, muy veloces correr por el espacio del infinito mar.

De las aguas el turbio sedimento secó la luz de Dios, brotaron flores de perfumadas hojas de colores, feraz vegetación.

Y veloz cual de Dios el pensamiento poblóse tal eden; pintadas aves cantaron de placer en trinos suaves la inmensa creación.

En celeste armonía los querubines loaron al Señor, divino canto armonizó los aires, himno santo de gloria y de poder.

Y de su trono de rosadas nubes surgieron dos amores y volaron al terrenal eden, allí formaron el hombre y la muger.

Mirando el mundo sonrió contento el Hacedor Omnipotente y sabio; al brotar la sonrisa de su lábio Espíritu creó.

Fundióle con magnífico fragmento que rasgó de su mente, guarnecido de mil soles, por ángeles tejido, y otra muger formó.

De sonrisa de Dios muger nacida los ángeles humildes contemplaron y sus alas de fuego replegaron ante el Supremo Juez.

Al Profeta querella dolorida amargamente las horas dieron, y de envidia sus caras se tiñeron de mate palidez.

Y las musas cantaron de alegría, inspiradas al fuego de sus ojos, á sus plantas postrándose de hinojos rindieron su laud.

En trovas de sentida poesía, coronada la sien de bellas flores, ella cantó el honor y los amores, la gloria y la virtud.

Yo vi sobre su frente conmovido que el sello de los genios irradiaba; con su canto mi ser electrificaba, la calma me robó.

De amor sentí mi corazón herido y de belleza tal fanatizado el espíritu débil y turbado para siempre quedó.

...
Sí, muger ideal, ¡te adoro tanto! la sangre de mis venas vertería... la miseria, la muerte arrostraría por verte yo feliz.

Cuando contemplo brunos por el llanto tus párpados de raso, dueño mío, llora raudales en hirviente río el amante infeliz.

Miradla cuán hermosa, trovadores, cantadla, sí, melódicos cantares para calmar sus fervidos pesares que yo no sé cantar.

Mas ¡Guay!... ¡Silencio! cántiga de amores con musa fermentada no canteis, amarla como yo jamás podeis que sé muy bien amar.

...
¡Ángel! cuando bajaste de la altura quisieron entoldar tu albo ropaje... ¡la frente en tierra! de tamaño ultraje te pedirán perdon.

Y tú le negarás altiva y dura, volverás el veneno que te dieron, lanzando á los que no te conocieron eterna maldición.

Palacios, babilónicos jardines serán, sí, tu morada, tu grandeza será un día rival de tu belleza, tu genio te alzaré.

Arrullarán tu sueño serafines (1). júbilo santo anidará tu pecho,

el Ángel del amor sobre tu lecho sus alas tenderá.

Que la febril pasión que tú me inspiras me vuelve grande, altivo, poderoso, si deseas un trono, ángel hermoso, un trono te daré.

Gacela mía, si al poder aspiras hollarás del poder las ilusiones, con banderas de bélicas legiones, tu marcha alfombraré.

...

¡Salve, Cataluña! tus montañas, mi bella balsamiza con su aliento, por eso con placer aspiro el viento que silba en Monserrat.

En tí mora el amor de mis entrañas cuando amante en mis brazos la veía celoso su coturno humedecía el turbio Llobregat.

FRANCISCO VILLAMARTIN.

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO OCTAVO, DIVIDIDO EN VARIAS HISTORIAS.

LA REINA DE LA NIEVE.

HISTORIA CUARTA.

EL PRINCIPE Y LA PRINCESA.

Gerda tuvo muy pronto que pararse otra vez á descansar. Enfrente del paraje en donde se sentó, había un cuervo que brincaba por encima de la nieve. El cuervo dió un graznido, y en palabras muy mal articuladas dijo:

—¡Buenos días, muchacha! ¿A dónde vas, pobrecilla, tan sola por el anchuroso mundo?

La niña quedó muy agradecida al interés que por ella manifestaba el cuervo, y en recompensa le contó toda su historia, que terminó preguntándole si había visto á Kay, y si sabía de su paradero.

—Tal vez sí, contestó el buen animal. Pero no estoy seguro de ello. Escucha, y juzga por tí misma. En el reino en que estamos, y no muy distante de estos sitios vive una princesa de mucho talento, que ha leído y olvidado cuanto escriben los periódicos de todo el mundo, ¡tan sabia es! Hace algun tiempo, hallándose sentada en su trono—lo cual, según dicen, no es cosa siempre desnuda de sinsabores,—y sintiéndose muy triste, principió á cantar aquella canción que dice:

Mas, ¿por qué no me caso?

De repente interrumpiendo el canto dijo para sí: «en efecto, ¿por qué no me he de casar?» Dicho y hecho, resolvió casarse cuanto antes; pero no quería hacerlo sino con un hombre que supiese contestar cuando se le hablase, y no con un estafermo que estuviese allá en su corte, como mostrador de tienda, acicalado y bien puesto, sin decir esta boca es mía; porque esto le habría de ser á ella muy fastidioso. No tardaron los diarios del país en publicar una hermosa litografía, en que había pintado un corazón que echaba llamas, y tenía debajo las iniciales de la princesa. Al pie de la litografía había un anuncio, en que se convidaba á todos los jóvenes de buena apariencia, y que no fuesen tontos, á pasar al palacio, en donde serían todos indistintamente bien acogidos, y uno de ellos en particular, el que mejor hablase, electo para esposo de la princesa. Apenas se hubo publicado el anuncio, cuando comenzaron á llover de todas partes mozos bien parecidos, que como en enjambres acudían presurosos al palacio, aspirando al honor del principado y á la mano de la hermosa señora. Durante los dos primeros días se presentaron á millares; pero por mas que todos ellos hablaban mucho, antes de entrar en la corte, apenas se encontraban en el salón de recibo, y sobre todo en presencia de la princesa, se callaban como mudos, ó cuando mas, tartamudeaban una necesidad. Muchos de ellos no hacían mas que repetir la última palabra de cada periodo que decía la princesa, lo cual no era para esta señora cosa muy agradable. No parecía sino que cuantos allí entraban habían tomado un narcótico, cuya soporífera virtud les enmudecía hasta que volvían á salir de palacio. La princesa iba ya perdiendo toda esperanza de dar con lo que buscaba. Pero al tercer día, entre la turbamulta de jóvenes estúpidos y presuntuosos que asaltaban el pórtico y las escaleras del palacio se presentó un muchacho de porte galán, despejado y vivaracho, con unos ojos que despedían centellas. Venía á pie y estaba pobremente vestido.

—¡Este era Kay! ¡El era sin duda! ¡Por fin le habré encontrado!—exclamó Gerda llena de júbilo.

—Podría ser:—replicó el cuervo.—Yo no le ví por mí mismo. Cuanto te he contado me ha sido referido por una cuerva, mi enamorada, la cual vive siempre en las cercanías del palacio, á cuyas ventanas se asoma á todas horas por ver lo que anda por allá dentro. Ella es la que me ha dicho que cuando aquel mocito llegó y vió tantos cortesanos reunidos á la entrada del palacio, sin amedrentarse lo mas mínimo manifestó que estaba cansado y que no quería esperarse en las escaleras; por lo cual sin mas rodeos se coló en los salones, y llegó al punto hasta donde se hallaba la princesa sentada en un trono hecho de una sola concha

de perla. Al lado de la princesa estaban todas sus doncellas, y las doncellas de sus doncellas, y todos sus cortesanos y los cortesanos de sus cortesanos, cada uno de los cuales llevaba un paje que estaba de pie detrás de él. Y á pesar de esto el muchacho no tembló; que no fué poco; pues con dificultad podía uno atreverse á mirar cara á cara á uno de los pajes de los cortesanos; tan erguidos andaban y ufanos del rico trage que llevaban y de la alta gerarquía que, como criados de tan altos personajes, les era concedida.

—¡Esto debe ser espantoso!—interrumpió Gerda;—¿pero al fin obtuvo la mano de la princesa?

—También ¡yo hubiera podido obtenerla, sino hubiese estado comprometido con otros amores; pues me dice mi querida, que aun hablo yo mejor cuando le digo galanteos de lo que habló el muchacho á la princesa, aunque habló mucho y bien. No había ido allá con intencion de enamorarla, sino por mera curiosidad; mas como donde menos se piensa salta la liebre, él y ella quedaron prendados uno de otro.

—De fijo no puede ser sino Kay, pues era muchacho de mucho talento, y cuando desapareció de casa ya sabía multiplicar quebrados. ¡Oh, cuervo mío! ya que tan bondadoso has sido conmigo, dame otra prueba de tu bondad llevándome hasta dentro del palacio, para que al fin pueda yo volver á ver á Kay.

—Cosa es esta mas fácil de decir que de hacer. No obstante, yo iré á ver á mi cuerva, que es de buen consejo, y por complacerme hará todo cuanto buenamente pueda hacerse. Espérame aquí que pronto vuelvo.

Era ya noche cuando el cuervo regresó y dijo:—Mi enamorada te saluda y te manda esta llave que se ha podido procurar. Con ella abrirás una puerta escusada, que conduce á los aposentos interiores de la princesa. Además te manda este pedazo de pan y queso, que cogió de la cocina en un momento en que unos lacayos estaban diciendo requiebros á la cocinera. Come este poco de cena; que debes de tener hambre, y luego ven conmigo; yo te guiaré hasta los jardines del palacio.

Gerda cenó, y ambos emprendieron su viaje.

Pronto llegaron á una de las puertas del palacio que daba al jardín. Allí encontraron á la cuerva, que les estaba esperando y que saludando cariñosamente á Gerda le dijo:

—Mi novio me ha contado tu historia, que me ha hecho derramar lágrimas. Ven conmigo; que yo haré que veas á ese mozo que deseas conocer. Toma esta lámpara y sígueme, que yo te guiaré.

—Parece que alguien viene detrás de nosotros—dijo Gerda asustada.

—No temas. No son sino ensueños que vienen á traer pensamientos de caza á la mente de los príncipes. Todas esas imágenes de caballos y galgos, que corren veloces; todo ese séquito de damas y caballeros armados de lanzas y harpones tendrán todavía mas ocupada la fantasía del príncipe y de la princesa, y su sueño será mas profundo. Así podrás observarles con mas seguridad.

Llegaron en esto á una sala adornada con colgaduras de damasco amarillo y bordados de oro. Pasaron á otra, no menos brillante, y á otra luego, y así de sala en sala, todas magníficamente adornadas, llegaron al aposento en donde dormían los príncipes, y al cual habían ya llegado de antemano los ensueños que Gerda había visto al entrar en el palacio.

Era el techo de una hoja de palma engastada con otras hojas del mas precioso cristal. En medio del aposento había dos ricas camas, sobre las cuales colgaba un holgado pabellón de tela de oro recarnado de plata. La en que dormía la princesa era blanca. La otra encarnada. A esta se dirigió Gerda en busca de su compañero de infancia. Apartó las colgaduras encarnadas y descubrió una cabeza, de tez trigueña.

—¡Oh! ¡este debe ser Kay seguramente!

Le llamó por su nombre; acercó la lámpara—los ensueños que andaban á caballo por encima de la cama se alejaron al brillo de la luz,—el hombre se despertó; volvió la cabeza; miró á Gerda, y esta hechó de ver que no era Kay.

La princesa se despertó tambien; asomó la cabeza por entre las colgaduras blancas; preguntó qué había ocurrido y Gerda prorumpiendo en sollozos y gemidos contó llorando toda su historia y como había llegado hasta aquel aposento en busca de su amigo Kay.

Los príncipes oyeron con sumo interés la conmovedora relación de Gerda. Se compadecieron de ella; trataron de consolarla y alabaron la bondad del cuervo y de la cuerva. Abrieron la ventana para que entrase el cuervo que andaba por el jardín, y cuando hubo entrado, la princesa se dirigió á aquella fiel pareja de enamorados y les dijo:

—¿Queréis que os deje vuestra libertad, ó preferís ser cuervos de la corte con derecho á todos los residuos de las cocinas del palacio?

Los dos animales hicieron una reverencia y suplicaron á la princesa que les permitiese aceptar el honor de cuervos de la corte; pues no siempre habrían de ser jóvenes y pensaban que les convenia tener seguro un sueldo fijo para la vejez. Así les fué concedido.

El príncipe se levantó de la cama é hizo traer una espléndida colación para Gerda.

Esta se acostó en un sofá del mismo aposento y muy pronto se quedó dormida. Volvieron los ensueños á recorrer todo el cuarto en diversas y variadas formas, y á Gerda se le presentaron en la de un trineo que llevaba con gran velocidad á Kay, mientras que este saludaba con la mano muy afectuosamente á su compañera de niñez. Pero como todo esto no era sino sueño, se desvaneció á la mañana siguiente.

Los príncipes hicieron vestir á su inocente huésped un rico trage de seda y le ofrecieron guardarla en el palacio; pero ella solo pidió que la habilitasen con todo lo necesario para ir en busca de Kay.

En efecto, los príncipes le dieron botas forradas de pie-

(1) De otro autor.

les y un manguito. La abrigaron bien y la llevaron hasta la puerta del palacio en donde encontró preparado un coche todo de oro con su cocheró y lacayos, quienes llevaban coronas doradas en la cabeza. Los príncipes mismos le dieron la mano para subirla al carruaje, y el cuervo, que ya se había casado con su enamorada tan pronto como fué empleado de la corte, la acompañó por espacio de unas tres millas, sentado en el pescante con el cocheró, pues creyó que no debía ya rebajar su dignidad yendo detrás del carruaje como lacayo. La cuerva se mantuvo de pie en la portezuela del coche; pero tuvo que volverse muy pronto, pues padecía de fuertes dolores de cabeza desde que gozaba de sueldo fijo.

El coche, bien provisto de manjares y dulces y bizcochos, echó á rodar con la velocidad del viento.

HISTORIA QUINTA.

LA LADRONZUELA.

Pasaba el coche á través de una densa selva; pero alumbraba el camino por donde atravesaba, tal era el brillo que despedía.

—¡Es de oro! ¡Todo de oro!—gritaron unos ladrones saliendo precipitadamente de su madriguera: y corriendo hacía el carruaje detuvieron á los caballos y mataron al cocheró y á los lacayos. A la pobre Gerda se la llevaron en brazos medio desmayada.

—Es gorda y hermosa:—dijo al verla la vieja ladrona, capitana de aquella pandilla de miserables. —Sabrá su carne como á corderito.

Y sin mas ni mas, sacó un gran cuchillo bien acerado, con que se dispuso á trincharla.

—¡Qué es esto!—esclamó de repente, llevando la mano á la oreja que le acababa de morder su hija, muchacha traviesa y horriblemente fea, que se le había saltado á los hombros. —Quita allá mal criada.

Y regañando á la hija, suspendió el descuartizar á Gerda, como iba á comenzar á hacerlo.

—Podrá jugar conmigo,—dijo la ladronzuela:—me dará su manguito y sus botas de pieles, y dormirá conmigo en mi cama.

Dió otro mordiscon á la oreja de la madre; saltó otra vez al suelo, cogió el manguito y las botas: y todos los ladrones se echaron á reír brutalmente y á celebrar las asquerosas muecas que hacía la chica, las cuales les parecían otras tantas gracias.

La vieja tuvo que ceder á las instancias de su hija, por evitar que esta moviese un escándalo de gritos y llores, y volvió á envainar su trinchador.

La ladronzuela se empeñó en seguida en que había de dar un paseo en coche. Y no hubo mas sino satisfacer su capricho. Llevóse consigo á Gerda. Eran las dos poco mas ó menos del mismo tamaño y de la misma edad; pero la una hermosa y cándida, la otra horrible y repugnante: aquella, blanca como el armiño; esta de color tostado y trigüeño como gitana. La chiquela pasó el brazo detrás del tallo de su nueva compañera y le dijo:

—No temas; no te matarán mientras yo no te desee mal. Supongo que eres alguna princesa.

—No:—contestóle Gerda, y refirióle toda su historia y cuanto deseaba volver á ver á Kay.

La ladrona escuchaba con grande interés, y cuando Gerda hubo terminado, la dijo:

—No: no te matarán, aun cuando yo deje de quererte, pues en tal caso te mataría yo.

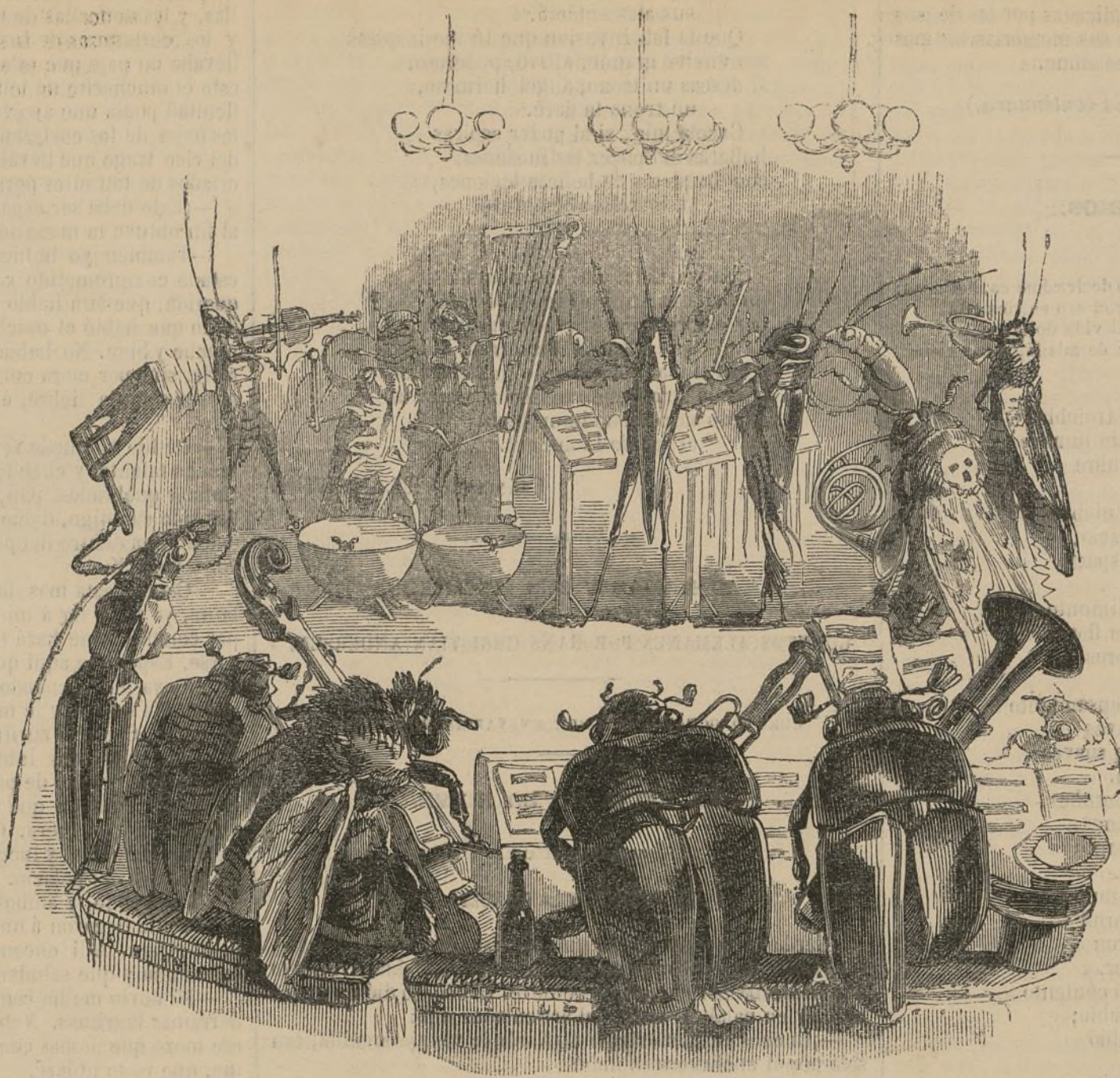
En esto paró el coche y entraron en el patio de un castillo medio arruinado, lleno de grietas y rendijas en todas las paredes, desde el suelo hasta el tejado. De agujero en agujero volaban los cuervos y las cornejas, y en el suelo había tendidos y en continuo movimiento muchos perros de presa de monstruoso tamaño, aunque no ladraban porque no les era permitido.

En una sala antigua, súa y ennegrecida por el humo ardía un fuego animado sobre unas piedras que había en el suelo. El humo subía hacía el techo y buscaba salida por donde podía. En un gran caldero hervía una abundosa cantidad de sopa, y en varios asadores se estaban asando conejos, liebres y venados.

—Aquí vas á dormir esta noche conmigo y con mis animalitos:—dijo á Gerda la ladronzuela.

Cenaron algo las dos, y en seguida les tendieron en un rincón de la sala unas mantas y un poco de paja para que durmieran.

Cuando se acercaron al rincón las dos muchachas para acostarse, mas de cien palomas que estaban durmiendo en las perchas y los agujeros de la pared se despertaron y movieron, y la ladronzuela dijo:



Concierto monstruo.

—Todas estas me pertenecen: y cogiendo por las patas á la que encontró mas cerca, comenzó á sacudirla tan recio que daba lástima ver como la infeliz movía las alas por el dolor. Luego la arrojó á la cara de Gerda diciéndole:

—Toma, dale un beso. Aquí está mi viejecito, dijo despues volviéndose á un renigifero de Laplandia, que estaba amarrado á una cadenita de hierro, con un collar de metal dorado. —A este es preciso que le tenga yo asegurado ó de lo contrario se me huirá á sus tierras heladas. Todas las noches le pincho el cuello con la punta afilada de mi navaja. Esto le pone furioso, y me dá gusto ver los gestos de dolor que hace.

En efecto, sacó la navaja y comenzó á mortificar al pobre animal, que daba ahullidos y tiraba coces, no pudiendo aguantar los inhumanos cariños de su desapiadada dueña. La ladronzuela se rió mucho, hasta que cansada de esta diversion fué á acostarse con su nueva amiga.

—¿Piensas guardar contigo la navaja mientras duermes? preguntó Gerda á la gitanilla.

—Nunca duermo sin ella. Bueno es estar siempre prevenido por lo que pudiese suceder. Pero mientras viene el sueño, vuelvo á contarme toda tu historia y la del muchacho Kay.

Gerda hizo otra vez su larga relacion, mientras que la ladronzuela se iba durmiendo con el brazo derecho alrededor del cuello de su compañera y con la navaja en la mano izquierda. Al cabo de un rato roncaba repugnantemente; Gerda, sin embargo, no podía pegar los ojos.

De repente dos tórtolas silvestres, que llegaron cerca de la cama, principiaron á hablar, diciendo:

—Hemos visto á Kay. Un cisne blanco arrastra su trineo. Ha pasado por cerca de nuestros nidos del bosque, é iba acompañado de la reina de la nieve.

—¿Y hacía dónde iba? preguntó Gerda.

—Sin duda hacía Laplandia, en donde hay siempre nieve y hielo. Pregúntaselo á ese renigifero.

—Sí,—dijo éste:—¡delicioso país! Allí tiene sus tiendas de verano la reina de la nieve; pero su mayor palacio está cerca del polo del Norte, en la isla de Spitzbergen.

—Gerda no pudo menos de suspirar, gritando:

—¡Kay! ¡compañero mio, Kay!

—Cállate, y déjame dormir, ó te atravieso el cuerpo con la navaja,—dijo de mal humor la gitanilla.

A la mañana siguiente Gerda le contó lo que habían dicho las palomas silvestres.

—Espera,—dijo de repente:—se me ocurre una idea. Todos los ladrones han salido, y no hay aquí mas que mi madre; pero mi madre beberá muy pronto su botella de costumbre y echará su siesta. Entonces yo haré algo por tí. No te aflijas.

Cuando la vieja hubo bebido y estaba ya roncando, su hija llamó á Gerda y con ella se fué adonde estaba el renigifero amarrado á la cadena.

—Amiguito mio,—le dijo,—bien quisiera yo conservarte aquí para darme el gusto de hacerte cosquillas con mi navaja todas las noches; pero hay otra cosa en que podrías

serme mas útil. Voy á hacerte una proposicion. Te daré tu libertad y te permitiré que te vuelvas á tus hielos de Laplandia, con tal que te encargues de llevar esta niña sobre el hombro y de cuidármela bien por el viaje. ¿Aceptas?

—De mil amores,—contestó el renigifero.

Sin pérdida de tiempo la ladronzuela puso una almohadilla atada á la espalda del animal; hizo sentar en ella á Gerda; la arrojó con una manta de pieles de su madre; colgó sobre el renigifero un cestillo con dos panes y un jamon; devolvió las botas de pieles á Gerda, aunque ella se quedó con el manguito, y diciéndole amiga mia, alégrate; anda en busca de tu compañero, soltó la cadena del renigifero, abrió la puerta del castillo, puso á Gerda montada en el reno fuera del patio, y dándole un abrazo á ella y un puntapié al animal, se volvió á meter en el castillo.

El renigifero comenzó á correr por valles y montes. Ahullaban los lobos; graznaban los cuervos, y el cielo descargaba la nieve, que era una bendicion.

Gerda cuando se sentía acosada del hambre echaba mano al cestillo.

Pasó un día, y otro, y otro, y los panes y el jamon ya se agotaban, y todavia el renigifero corria que volaba, sin ver la tierra donde se dirigian.

Al cuarto día esclamó el reno fuera de sí por el gozo:

—¡Allí está mi antigua amiga, la aurora boreal! Muy pronto llegaremos al término de nuestro viaje.

Diciendo esto apretó mas y mas el paso.

No parecia sino que el viento le prestaba sus alas, segun la velocidad con que corria.

A las pocas horas, Gerda y su reno se hallaban ya en la Laplandia.

VARIEDADES.

LA SERPIENTE.—Los egipcios se servían de la *serpiente* en todos sus símbolos. Formaba parte del tocador de Isis, y el círculo de que se servían estos pueblos para indicar el Ser Supremo, estaba siempre acompañado de una ó dos *serpientes*. El cetro de Osiris tenia enroscada una *serpiente*. Cuando querian valerse de la *serpiente* para representar el Ser Supremo, la figuraban con alas y con cabeza de gavilan. En algunas fiestas y solemnidades llevaban una *serpiente* encerrada en una caja. Algunas veces representaban á los mismos dioses, y en particular á Serapis con una cabeza humana y cuerpo de *serpiente*. Una *serpiente* mordiéndose la cola era el símbolo ordinario de la eternidad; y tambien lo era una *serpiente*, cuya cola estaba oculta. No era menos venerada la *serpiente* entre los griegos y romanos que entre los egipcios. Tributábase en Epidauro un culto particular á este reptil. Los atenienses conservaban siempre una *vibora* como la protectora de su ciudad. Atribuían á las *serpientes* una virtud profética, y observaban religiosamente todos sus movimientos, que interpretaban como señales de la voluntad de los dioses, y con ellas practicaban una especie de adivinacion llamada *ofiomancia*.

Los genios eran tambien algunas veces representados bajo la figura de una *serpiente*.

ADVERTENCIA.

El interés con que, en las circunstancias presentes, és acogido todo lo que tiene relacion con N. S. Padre el bondadoso Pio IX, lleno hoy de tribulaciones, nos mueve á poner á la venta su retrato (el mismo que hemos regalado á nuestros suscritores), que hallarán los que deseen adquirirlo al precio de *cuatro reales* ejemplar, en la administracion de este periódico, calle del Arco de Santa María, núm. 7, y en los demás puntos de suscripcion.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.